

De lo vivo a lo pintado

(Número 7.)

Por el Capitán Auditor JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO



Hoja de abanico grabada figurando la primera ascensión efectuada fuera de Francia: la del caballero Andreani y los

Aviso al pueblo en 1783

hermanos Gerli, cerca de Milán, el 25-II-1784. (De la "Histoire de l'Aeronautique", de Dollfus y Bouché.)

Nos asaltan a diario los periódicos con nuevas sobre la regulación de la navegación aérea, que esta guerra está llevando al conocimiento, y más aún, a la inquietud de gentes para quienes con anterioridad no pasó probablemente de constituir otra cosa que un puro quehacer extraordinario, al margen de las preocupaciones cotidianas. Revela ello, sencillamente, el papel trascendental que ha tomado el Derecho en el desarrollo de un hecho imposible de abandonar, como en un tiempo, al libre juego de las voluntades que en él intervienen. ¿No será cosa de volverse, un instante siquiera, a la consideración del tiempo en que, por vez primera, el Derecho se adentró en la órbita del hecho aéreo?

Suelen decir los tratadistas de Derecho aeronáutico que ello fué a raíz del 9 de agosto de 1884, cuando los capitanes Carlos Renard y Krebs demostraron, a bordo de "La France", que era una realidad la dirección de los aerostatos; la posibilidad, pues, de su regulación. Pero es que de mucho antes, casi exactamente de un siglo atrás, data una inicial manifestación del Derecho, que osó ya internarse en el campo del nuevo invento. En algún lugar he aludido a ello. Pero insisto: ¿no será cosa de traer de nuevo, más destacada, la referencia, desprovista, eso sí, del empaque jurídico que hemos quedado, vosotros y yo, en proscribir de esta sección, literaria y de pasatiempo, de vana charla, si lo queréis, hurtada un mucho peccadoramente a otras más graves y trascendentales

cuestiones que a buen seguro a todos nos ocuparán?

Por eso mismo, yo os ruego que no os conforméis con la seca lectura del rancio documento que vamos aquí a exhumar, y con apuntar después en vuestra memoria el dato. Por el contrario, evocad...

* * *

"Se acaba de hacer un descubrimiento que el Gobierno ha juzgado conveniente dar a conocer para prevenir los temores que pudiera ocasionar en el pueblo... Cada uno de aquéllos que descubra en el cielo algún globo semejante, que presentan la forma de una luna oscura, esté advertido de que, lejos de ser un fenómeno espantoso, no es más que un aparato compuesto de tela de seda o de algodón forrado de papel, que no puede causar daño alguno, y el cual se puede presumir que algún día tendrá varias aplicaciones útiles a las necesidades de la sociedad." Al pie del documento, una fecha y una firma: "Leído y aprobado, 3 de septiembre de 1783. De Sauvigny." A la cabeza, un título: "Aviso al pueblo sobre la elevación de los globos en el aire." ¿Y nada más?

* * *

Por el contrario, mucho más. Yo no puedo releer esas líneas sin evocar inmediatamente el tiempo en que fueron escritas y para el que fueron escritas. Cuentan que, cuando en la región inglesa de Corwalles aparecieron, temibles, las primeras máquinas de vapor, las

gentes se prosternaban ante ellas. Lo cierto es que, cuando los primeros globos se elevaron en la región de París, allá por el año del Señor de 1783, los campesinos, ora se pasmaban reverentes, ora enloquecían de puro entusiasmo, ora de ciega enemistad a aqué- llo, que, por desconocido, temían, y por temido, les era odiado, y así resultó, como no podía menos de ser, lo de Gonesse, lo de Ecouen... Y para ponèr coto a èsto vino la proclama, ¿verdad?, mè diréis. Sí, ciertamente, y ello es importante; pero no lo más importante. ¿El qué, entonces? Lo repito: el rêmemor las circunstancias en que nació. Gusto de imaginarme la figura ideal—que tal vez no existió, que tal vez sí se dió—de uno de los primeros lectorès de la misma. No un campesino, sino, para mí, un funcionario, de los formados en la ejemplar escuela de Colbert, grave y empelucado. ¿Qué pensamientos le atarearían al lèerla? Coloquémonos en su lugar. Septiembre de 1783... En junio, el 5 de junio, si queremos ser exactos, ha sido la definitiva experièncià, en Anonay, de los Montgolfier. Es, pues, el dominio del aire. Todavía no puede decir hombre alguno que haya contemplado a sus pies la tierra, pero ya faltan semanas para que Pilâtre y Arlandès realicen su ascensión, y su éxito se prevé. Al menos, por alguna minoría. Este “burgués sonriente”, como Hazard diría, lo espera así con entera confianza. Es, no lo dudéis, fisiócrata, de los que conocen y entienden el sibilino “Cuadro” de Quesnay, buen amigo de las obras de èste, que, con las de Turgot, por ejemplo, ocupan preferentè lugar entre sus libros; hombre acomodado, discreto, metódico, un tanto volteriano, y tan prudente como suavemente egoísta, bien arrèllenado en sus mínimos, medidos placeres rutinarios, algo escéptico, además, y, eso también, cosmopolita, racionalista, deísta en el fondo, partidario de un benéfico y tolerante despotismo ilustrado, al modo del de una China que en Turgot ha aprendido a admirar; refinado, culto y entusiasta—; tiene, por lo

demás, tan contados entusiasmos!—de un progreso en el cual cree firmemente. Se le da poco de la Historia; el pasado, al ménos el pasado inmèdiato, ¡le resulta tan bárbaro! Le preocupà, en cambio, el porvenir. Muchos en su tiempo—las lindas cabecitas de las aristócratas que a la vuelta de la página podéis admirar, contemplando una ascensión—sólo han acertado a vislumbrar en el nuevo invento una experièncià más o menos curiosa con que amenizar las fièstas públicas. Nuestro hombre, no. Es verdad que quizá ignore que èso que ahí aparece acabará con su època; que entona tan mal con el ritmo del minueto como los paraguas bajo los que un regimiento inglés se guareció alguna vez de la lluvia durante la espera del ataque, según nos cuenta, laudatoriamente, Walter Kiaulèhn; que pertenecè propiamente a un tiempo desenfrenado donde se anegaràn las plácidas creencias pasadas en las leyes naturales y en la agricultura; però, ¿acaso en sus creencias no hay como un barrunto de lo que vendrá? Mucho de malo, ya lo sabemos; pero no en cuanto a esa fe en el progreso que hará adelantar pasos de gigante en la conquista de la Naturaleza. Se extralimitará, sí, como se extralimitaba ese nuestro Mor de Fuentes que “Azorín” nos ha presentado, al ensalzar un mucho inmoderadamente “un artè tan importante como el de la fontanería”. ¡Si no hubiera sido por ello! Pero, en fin, ese progreso estè reposado burgués del “ancien régime”, en cuya biblioteca los once tomos de la Enciclopedia con láminas de máquinas y talleres se destacan un poco extrañamente entre los grabados minuciosos y las miniaturas aladas, lo prevé, y por eso, un leve gesto de desdèn hacia la turba “ignorantè y supersticiosa”, como él dice, no duda en subrayar con su asentimiento la prevención hecha al pueblo, en 1783, para que no destruya un invento del cual “se puede presumir que algùn día tendrà varias aplicaciones útiles a las necesidades de la sociedad”.

